



NUMEROS EN SUSCRIPCION: MADRID, UN MAR. 0 RA.; PROVINCIAS, TRIMESTRE, 3 REALES; ESTEROS, 4 REALES; POR CONTRIBUCION, 20 C.; AVILA, 20 C. Y VIZCAYA, 30 C. OFICINAS DEL PERIÓDICO: Calle de la principal, Madrid. Se inserta toda la literatura y en la Administración. Se inserta en otros y en otros.

**NUUESTROS GRABADOS.**

**PAISAJE EN MERY, CERCA DE LA FERTÉ.**

El grabado que publicamos hoy en nuestro periódico es copia fiel de un cuadro de Juan Bautista Camille Corot, presentado y premiado en la Exposición de Bellas Artes de París en 1833.

Corot nació en París en 23 de Julio de 1793: desde sus primeros años demostró Corot su afición al dibujo y sus felices disposiciones; así fue que los esfuerzos de sus padres para que se dedicase al comercio, nada pudieron con el precoz artista.

En 1825 pasó a Italia, donde permaneció durante tres años. En 1834 volvió a aquel país y visitó a Roma en 1833.

Después volvió a su patria y a su paisaje de los alrededores de París, principalmente de Villa d'Army de donde no volvió a alejarse nunca.

La vida de Corot está en el taller, y fuera del taller no hay en ella accidente que merezca mención.

En el arte y para el arte vivió Corot. Lea ensayos más notables que pintó, fueron: *El buen Samaritano*, *Dante a la puerta del infierno*, *Lot y sus hijas*, *Campesinas de Roma*, *San Sebastián* y otros de gran importancia.

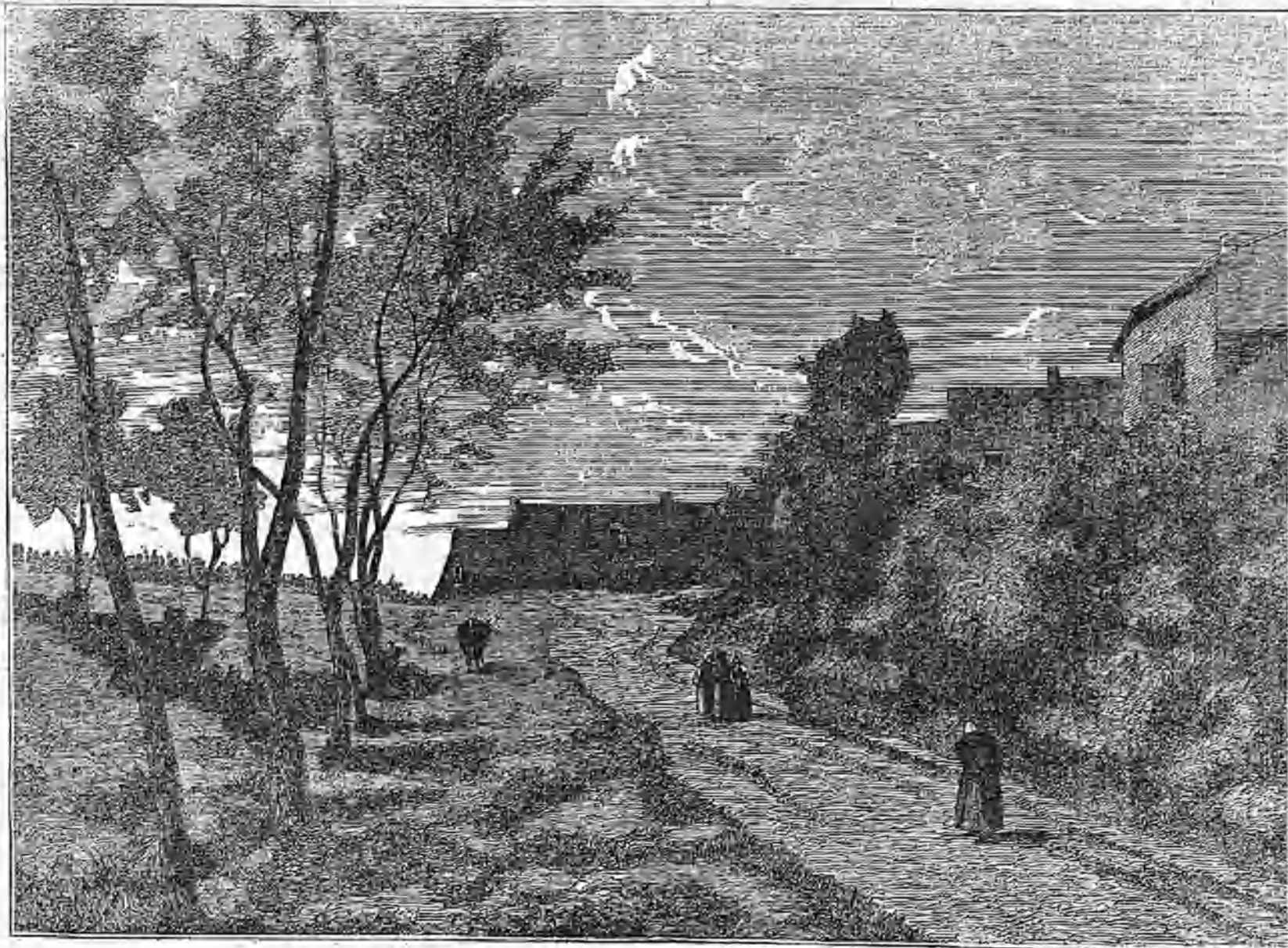
«Si un día hubiera un incendio en mi casa, — dice el pintor, cuando tenía en su estudio varios lienzos. — este es el predilecto hijo a que yo salvaría... Y diciendo esto indicaba el cuadro de *Lot*.

«Era un hombre bueno, como el buen pan, — dice de Corot un biógrafo. — Laborioso, honrado, censurado por los pintores históricos y hasta por los mismos románticos, el infortunado artista vivió durante quince años, trabajando catorce horas en cada día y siempre en la miseria, sin que un instante se apartara de su genio la confianza, y de sus lienzos esa frase que lo mismo puede encerrar ricos tesoros de fé, que un sarcasmo terrible: «Ya llegará el día.»

Corot tenía muchos émulos, pero ningún su amigo que le aborreciera: murió há poco más de un año, y fué su pérdida de mucha importancia para el arte.

**CHICAGO (1).**

Nada puede dar mejor idea de la audaz temeridad de los habitantes de Chicago que lo que sucedió en dicha ciudad cuando el incendio de Octubre de 1871. El fuego duró veintidós horas, y solo se apagó por efecto de la violenta lluvia que sobrevino. Una cuarta parte de la ciudad quedó reducida a cenizas; 17,000 casas sin contar los edificios públicos quedaron destruidas; 100,000 ciudadanos quedaron en su calle, y varios centenares de víctimas desaparecieron entre las llamas. La pérdida total en metálico fué elevada en 1,000 millones de francos. Al día siguiente de la catástrofe, solo existían sobre el calcinado suelo montones de escombros y alguno que otro muro. «Era la despolada llanura de los primeros días de Chicago,» me decía hace algunos meses un testigo presencial del horrible suceso. Pues bien, pocos días des-



**Paisaje en Mery, cerca de la Ferté (Cuadro de Corot.)**

(1) Véase nuestro número de ayer.

pués, en medio de las cenizas, todavía humeantes, los arquitectos tendían sus cuerdas y preparaban las nuevas construcciones. Nadie se desanimó; toda la Union acudió en socorro de la población incendiada, y Chicago salió de sus ruinas más esplendorosa que nunca. En ninguna otra parte de América se ven edificios más hermosos, calles más anchas, habitaciones más suntuosas, ni hoteles tan gigantes ni de tan monumental aspecto.

El hotel Tremont, reconstruido con más lujo que antes, muestra en uno de los pilares que forman la entrada principal y grabada en piedra, las fechas de su destrucción por los diferentes incendios que han desolado a Chicago, y en otro pilar las fechas de la reedificación. Esta inscripción, en su lócónica sencillez, tiene algo de romana.

Hetiéndole ocasión de ver á los ciudadanos de Chicago en medio de una de estas frecuentes catástrofes. El 13 de Julio de 1874, en la noche, un nuevo incendio estalló en la ciudad. Yo llegué el 14 por la mañana muy temprano, por el tren de Cincinnati, para cuya población había salido el día antes, precisamente en los momentos en que estallaba el incendio. Un quinqué de petróleo había incendiado una de esas casuchas que tan frecuentemente se ven en Chicago, donde por todas partes se codean el lujo y la miseria más repugnante. A consecuencia del calor y de la sequedad del verano, la madera de que están construidos tales tugurios se inflaman como una cerilla. Hicieronse grandes esfuerzos para detener el fuego que desde el primer momento se extendió en largo espacio á pesar de las bombas. Pero las operaciones fueron torpemente dirigidas y en pocas horas gran parte de la ciudad, dos ó tres grandes hoteles, varias iglesias, muchas grandes casas de las hermosas avenidas Wabash y Michigan fueron presa de las llamas y aun la casa-córcoba estuvo á punto de desaparecer. El límite Sud del

incendio de 1871 en el barrio que mira al lago, fué invadido por el incendio de 1874, pero la superficie total quemada no excedió de 25 hectáreas. Cuando llegábamos y la locomotora pasaba por delante de las casas que ardian aun, los vendedores de periódicos, subiendo al tren y por los diarios nos informamos de todos los detalles y circunstancias del incendio, así como de la importancia de las pérdidas y de las precauciones adoptadas para lo sucesivo. No sabemos si estos consejos habrán sido escuchados, si se habrá prohibido construir edificios de madera, por lo ménos en el centro de la ciudad, ni si se habrá hecho alejar de ella los almacenes y máquinas de aserrar que tanto abundan en Chicago, pero sí es cierto que las principales compañías de seguros contra incendios se han puesto de acuerdo para no admitir operaciones en una ciudad tan frecuentemente espuesta á tales catástrofes.

En la mañana del incendio, el 13 de Julio, *Laek-park*, especie de plaza que se extiende delante del lago, estaba ocupada por dos filas de carretas, y el suelo cubierto por montes de muebles, ropas y utensilios domésticos, restos del desastre. Porción de afligidas familias acampaban al raso, ó se guardaban bajo tiendas improvisadas. Algunos habitantes visitaban las ruinas, procurando ballar entre ellas algunos de los objetos perdidos. Dos días después, humeando todavía las cenizas, ya se trabajaba en la reedificación, y los albañiles caminaban sobre los montones de piedra, á riesgo de ser aplastados por algun muro vacilante, que perdiendo de repente el equilibrio se venía abajo.

En casos de esta naturaleza es cuando se manifiesta uno de los rasgos más loables del carácter americano. Las palabras solidaridad, mutualidad, no son vanos sonidos en los Estados de la Union; allí se practica el amor al prójimo sin ostentacion ni distinciones de clases.

En la época de que me ocupó fui testigo de al-

gunos ejemplos conmovedores. Un compatriota, mio, M. Carrey, vice-consul de Francia en Chicago, se vió privado de cuanto tenía, y en medio de la calle con su mujer y su hija. Inmediatamente se le ofreció casa y dinero del modo más discreto y delicado. Y estas ofrecimientos se le hicieron hasta del exterior. Y lo mismo se hizo con todos los que se hallaban en un caso análogo, pero siempre con la misma reserva y el mismo tacto. En medio de aquella vida de agitación, todo el mundo comprendió que se precisó ayudarse los unos á los otros.

Chicago, situada al extremo sudoeste del lago Michigan, en la desembocadura del río que ha dado su nombre á la ciudad, y que se separa allí en dos brazos, ambos navegables, es una de las plazas comerciales más animadas del globo.

Su puerto no está sobre el lago sino entre los dos brazos del río y perfectamente abrigado. No hay otro puerto en la Union, excepto Nueva-York, tan frecuentado por los buques ni que reúna tantos á la vez. Y no es extraño. El lago Michigan y todos los demás grandes lagos con que se halla en comunicación directa, componen juntos un inmenso mar interior, surcado por millares de buques de vela y á vapor. A este inmenso número de buques, que tocan casi todos en Chicago, hay que agregar la red de ferro-carriles que pone en comunicación dicha ciudad con el resto de los Estados Unidos. En ninguna parte, ni aun en New-York, hay tanto movimiento. En el barrio del comercio solo se ven carretas que van y vienen cargadas de mercancías. Un ruido estridente y sordo á la vez, como el mugido prolongado de un boay salvaje, hierre á cada instante los oídos.

Es un remolcador de vapor que pide que se levante el puente para que pueda pasar el velamen del buque remolcado. A veces se reanuda toda una fila de buques. Esta maniobra de levantar los puentes es continua, hasta el punto de que en algunos parajes ha sido preciso construir sáncles debajo del río, para no impedir el tránsito de transeúntes y carruajes.

Por el río que la baña y el canal que une aquel con el Illinois, Chicago está en comunicación directa con el Misissipi, y por tanto, con el golfo de Méjico. La construcción de este canal ha costado muy poco trabajo. La línea que divide las aguas del lago de las del golfo es tan vaga, que en las grandes lluvias las aguas afluyen indistintamente á uno ó otro cauce. En suma, ninguna ciudad continental, ni aun en China, posee un sistema natural de comunicaciones tan extenso, tan bien trazado ni tan perfeccionado por el hombre. Esto nos da la clave de la importancia comercial de Chicago. En 1873 se calculaba en dos mil millones y medio de francos el valor del comercio de importación y exportación de esta ciudad privilegiada, cifra que es la tercera parte del de toda la Francia en el momento, y el doble del de las dos grandes plazas de la India, Bombay y Calcuta. En 1873 se recibieron en Chicago 2,640,000 toneladas de granos y harinas. La octava parte de lo que produce la Union, y la cuarta de lo que los Estados del oeste produjeron.

En tambien el doble de la cantidad que en los años mejores se recole en Odesa ó Marsella, las diez





